

— ¡Ríndanse! decía la de la enagua roja y los chinos en la frente, sacando la cabeza por la portezuela del coche.

— ¡Muchachos, por Dios! gritaban las niñas bonitas. Yo daba diente con diente sin atreverme á gritar ni á decir nada, y resuelta á aceptar cuanto viniera antes que á perder la vida.

No tardamos en ver que venía al suelo el muchacho encaramado en lo alto de la diligencia; llevaba una bala metida en la sesera y de seguro no se levantaría más. Las hermanas le gritaban, le llamaban con nombres cariñosos, pedían que se parara el vehículo; pero ni acertaban á abrir las portezuelas, ni echaban de ver que el coche estaba detenido en firme, pues el cochero y el sota habían saltado de sus asientos, y como se encontraban heridos los caballos de silla, era inútil que halaran los de tiro para mover el armatoste y las bestias.

Oímos por un buen rato los disparos de los nuestros, comprendimos que la resistencia no tardaría en cesar, y vimos aparecer á poco á una media docena de jinetes conducidos por un facineroso de cara morena que gritaba:

— ¡Ríndanse, que ya no tienen remedio!

— ¡Tengan su ríndanse! rugió la voz del notario, que había conseguido encaramarse á la azotea del coche y que en ese instante disparó un tiro que hirió de muerte á uno de los bandidos.

— ¡Ah, canalla, malajo! gritaron á un tiempo los asaltantes: ¡bájese ó lo bajamos á tiros!

— No bajo, gritó el otro, alzando un poco la cabeza.

Le dispararon una rociada de balas, pero ninguna le tocó.

— Hay que salir, porque sino á nosotras nos matan, dijo la *coscolina* abriendo la portezuela.

Salí violentamente arrastrando á una de las muchachas que, presa de una convulsión, se daba de cabezadas contra los innúmeros saquillos y petacas que tapiaban el carruaje, y apenas tuvimos tiempo de evitar el tiro que dirigió á su mujer el tozudo escribiente de parroquia, que manejaba el fusil con una destreza nunca vista: la pobre muchacha cayó bañada en su sangre y sin articular palabra.

— Te lo había prometido, Antoñita, gritó el muy salvaje desde su posición; antes te mataba que cayeras en manos de estos bandidos.

No tardó el desgraciado escribiente en sucumbir ante el número: cayó desde lo alto cuan largo era, herido por una bala que le atravesó de lado á lado y dejando por el suelo el mosquete que le había servido para batirse. Los ladrones se precipitaron sobre el cuerpo, y con las culatas de los fusiles, las puntas de los sables, las suelas de los zapatos y las pezuñas de los caballos, golpearon, hirieron, pincharon, molieron é infamaron á aquel cuerpo

insensible, que no tardó en demostrar que se le había apartado el alma que le sostenía, con un gran estremecimiento de todos los miembros y un horrible remover de los ojos, que al fin quedaron fijos y vueltos en blanco: la pobre Antoñita, que sólo estaba mal herida, lanzaba quejidos capaces de enternecer á los árboles del camino.

Sin curarse de nuestras voces, ni del desconsuelo de las hermanas del mozo herido, los ladrones nos obligaron á *azorrillarnos*, y como no quedaba más hombre válido que el pobre muchacho de las barbas recias y apretadas, contra él se ensañaron los feroces asaltantes.

— Andele, tal por cual. Qué, ¿se figuraban que se habían de escapar? A ver si como roncan duermen... ¡*Azorrílese*, desgraciado, ó ve para qué nació!

Y al mismo tiempo que esto decían, menudeaban planazos sobre las espaldas del indefenso muchacho, que se limitaba á soportar cuanto venía, revestido de un estoicismo que se asemejaba mucho á la estupidez. Quedó atado á un tronco de árbol, y á nosotras, por merced especial, se limitaron á *azorrillarnos* haciéndonos quedar con la cara vuelta en dirección contraria á la en que estaba la diligencia.

Las hermanas del muchacho herido lloraban á lágrima viva invocando á todos los santos del cielo y doliéndose de su mala suerte. Una de ellas tenía en el regazo al sin ventura, mientras su hermana recorría el



— ¡Ay, Dios mío! gritaba la que tenía sobre las piernas al pobre Pancho...

campo de una parte á otra buscando agua con que refrescar las fauces ardientes del moribundo.

— ¡Ay, Dios mío! gritaba la que tenía sobre las piernas al pobre Pancho; ¡hijito de mi alma, vida mía! ¿qué dirá nuestra madre cuando sepa que te hemos dejado aquí, muerto y sin auxilios?... Mírame, hermanito, mírame, Pancho, para saber que todavía estás vivo, que no te ha pasado nada, que no te duele mucho esa herida espantosa... ¡Ay, Dios mío! ¿qué haremos sin tí, tan hombre, tan trabajador, tan vivo?

El herido sólo respondía con un estertor que parecía el hervir de una olla puesta á la lumbre.

— Se muere, se muere... ¡Ay, Dios mío, qué hombres tan ingratos, tan infames; qué infames son!... Pancho, Panchito, mírame; soy yo, tu hermanita, tu consentida, tu Refugito... Andale, Asunción, ándale con el agua porque se muere...

Debe de haber acudido la otra, porque durante un rato no se oyeron más que sollozos comprimidos; mas al fin ambas rompieron á gritar con más fuerza que antes.

— Ya, ya está acabado... ¡Pobrecito! morir sin sus auxilios y en medio del campo... ¡Qué suerte, Dios mío!... ¡Bendito sea Dios!... ¡Jesús, Jesús, Jesús... Jesús te ayude, Jesús te ayude, Jesús te acompañe!... Ya acabó... ¡Ah, hombres infames, no pagarán ni con cien mil muertes!...

Besaban y abrazaban al cadáver, le llenaban de ternuras, le mostraban al hermano que estaba atado, maldecían de su suerte, invocaban á Nuestra Señora de Guadalupe y apostrofaban á los ladrones. Estos estaban entretenidos en arrojar bultos desde lo alto de la azotea, del interior de la diligencia, de la vaca, de la cajuela y de todas partes; el espacio se llenó á poco de baúles, sombrereras, petacas, maletas y *quimiles*. Como estorbaban las muchachas y el cadáver, un facineroso de aquellos se acercó con el fusil amartillado.

— ¡A ver si se callan, viejas escandalosas; si no, les doy un tiro!... ¡Quítense de ay con su dijunto, que están estorbando!... ¿Qué culpa tenemos de que nos resistan?... ¡Quítense, les digo, ó les va mal!... Tiznado... Como si uno les mandara que echaran balazos... ¡Pa lo que se sacan!... Seis nos mataron; pero ellos no salieron bien... ¿Onde está la cajita de las alhajas?... Encuera al gringo y sácale las llaves, que dicen que ha traído todo en un baúl amarillo... ¡A ver si se callan, que entoavía no es tiempo de que lloren!

Deben las muchachas de haber sacado fuerzas de flaqueza y retirado al muerto, pues durante mucho rato no se oyó sino el golpear de martillos, escoplos y cinceles contra las cerraduras rebeldes.

— Búscale con cuidado, gritaba uno, que no puede haberse perdido.

— ¡Qué ca...ñones! ¿Conque perderse? Ya les calentaré las orejas... Pregunten al cochero...

No tardó en acudir el cochero, que del mismo modo que el sota parecía tener una vieja y no interrumpida confraternidad con los *mañosos*.

— Yo no me acuerdo de ninguna cajita; pero buscando...

— Pos busca, que tú me respondes... No habría hecho resistencia el muy arrastrado si no hubiera traído el baúlito... En la cajuela, en los cojines, en el suelo del coche... Rómpanlo si es preciso.

No tardaron en hallar lo buscado: estaba en el cielo del carruaje, perfectamente disimulado y aun cosida la abertura practicada.

Se formaron diferentes acervos con las joyas, ropas, alhajas y objetos de valor que se hallaron y el resto se arrojó al bosque por inútil. Luego despojaron á los cadáveres y al fin nos tocó el turno á las mujeres.

— Pélese las jergas, dijo uno de los mandones.

La del partido, en un instante se puso en el traje de Eva; las adoloridas muchachas se echaron á llorar y declararon que no se desnudarían.

— ¿Cómo que no se desvisten?... ¡Pues no faltaba más!... ¿Qué? ¿Estamos jugando ó qué? ¿Qué sucede, vamos á ver? ¡Quítense esos trapos ó ven pa que nacieron!

Y sin esperar á más, cogiendo del cuello del corpiño á las desoladas criaturas y apoyádoles las rodillas en el vientre, saltaron corchetes, rompieron ojales, inutilizaron cordones, hicieron crujir telas y dejaron en pelota á las cuitadas.

— Usté, mialma, que es la de mejor genio, váyase encuerando, me dijo uno de aquellos desalmados.

Sin chistar palabra me quité el túnico y me quedé con los brazos al aire y el pecho descubierto.

— También las faldillas... También la camisa... Como su señora madre la echó al mundo.

Obedecí á toda prisa quitándome sin replicar las últimas enaguas y la camisa, y envolviéndome en una sábana que encontré por allí, aguardé mi suerte completamente estupefacta y sin movimiento.

La tarea se había terminado; estaban hechas las porciones, los cadáveres de don Federico, del escribiente y del muchacho estaban colgados en sendos árboles; Antoñita yacía muerta ó aletargada; los caballos que habían quedado útiles en la diligencia, cargaban los bultos que se habían adjudicado á los respectivos jefes de gavillas (pues es de saberse que varias habían concurrido á aquel hecho memorable). Sólo faltaba disponer qué se había de hacer con nosotras.

Uno de los ladrones cargó con la habitadora de casa llana y venta común; dos echaron en las sillas á las des-

nudas y tristes Asunción y Refugio, que partieron dando gritos y mesándose los cabellos. Yo, que aguardaba mi destino, sentada con aspecto de idiota entre tantas cosas rotas, destrozadas y revueltas, había permanecido mirando los cuerpos agujereados de balas, el coche desmantelado, los árboles que formaban un bosque apretadísimo, el pesar y la desolación que reinaban. En el sitio ya no había más que tres embozados que con el mosquete á la bandolera y el sombrero en los ojos acababan de montar en los pencos que tenían del diestro el infiel cochero y su segundo el *sota*.



Todavía se oían los gritos de las pobres muchachas, cuando apareció un bandido de zarape verde, sombrero con toquillas de oro, chaqueta de cuero con cenefa blanca

y calzonera abierta con tres órdenes de botones, y dirigiéndome, me dijo con voz zalamera:

— Usté se viene conmigo, chatita.


Me quedé mirándole, y como él creyera que trataba de resistir, me tomó de las manos y del primer impulso me subió en la silla. Como pude, recogí la sábana que me había cubierto, y sentándome en el incomodísimo fuste me apresté á caminar.

Partió la comitiva, y á la luz del sol escasísimo que se filtraba entre los árboles, vimos al pobre muchacho que nos miraba partir sin derramar una lágrima, sin gemir, sin removerse: parecía un San Sebastián barbudo, inmóvil en el tronco á que le habían atado y con el cuerpo rojo de sangre y apretado de heridas.



CAPITULO II

La captura


CAN pronto como salimos del bosque, sentí la vergüenza que según el Génesis, sintieron Adán y Eva al verse desnudos: reía en la pradera un sol muriente que parecía despedirse del mundo entre los oriflamas que decoraban el cielo azul y la tierna verdura del campo, apenas interrumpida por una que otra florecilla blanca... Tal cual golondrina retardada pasaba como una saeta que fuera directa al nido lejano... Tramontamos una montañita pelada y de forma cónica, dejamos á un lado una laguna que parecía de fuego porque cabalmente se bañaban en ella los últimos rayos del sol; nos metimos en un montecillo que tenía el suelo lleno de hojas mojadas que apagaban las pisadas de los caballos, y ya era de noche cuando empezamos á subir una inmensa